

# Las semillas, embrión del futuro

BRIGITTE VON WISTINGHAUSEN

Nuestras plantas de cultivo son un patrimonio de la humanidad milenaria, son su creación y su evolución. El ser humano debe conservarlas y continuar desarrollándolas si quiere seguir evolucionando. La selección vegetal seguirá siendo indispensable mientras el ser humano siga alimentándose de plantas.

¿Qué alimentos necesita el ser humano? No sólo importa la preparación o elaboración de los productos cosechados. En primer lugar importa la selección. La selección se refiere sobre todo a las semillas. Normalmente, el resultado del proceso de selección se transmite al cultivo siguiente, a las próximas generaciones, a través de las semillas. Para tomar conciencia del valor real de las semillas, han de considerarse importantes los aspectos científico-espirituales, tal como expuso Rudolf Steiner en 1924 en su ciclo de conferencias sobre agricultura.

La semilla, como producto final del proceso evolutivo de la planta, reproduce a continuación un extracto, un concentrado de todos los procesos y sustancias que, desde la germinación, pasando por el desarrollo vegetativo, conducen a la floración y a la maduración de la planta. Estas sustancias que permiten la evolución de la planta, se encuentran en la semilla de forma sumamente concentrada, en una estructura compleja y cierto grado de estabilidad.

«Pero de esta extrema complicidad, nunca se desarrollará un nuevo organismo, –dice el científico del espíritu– lo nuevo nunca deriva de la simple continuación de lo viejo, de lo anterior.» Sino que debe originarse «a partir de desatar un pequeño caos". De este caos surge el todo. El organismo materno de la semilla cumple la tarea gracias a su relación con las energías universales, a permitir actuar en el pequeño caos de la semilla a las fuerzas reales del universo. Estas fuerzas se reproducen en la simiente y originan así un nuevo organismo.

Cada semilla es el producto final de un desarrollo y el punto de partida de un nuevo impulso que viene de las lejanías cósmicas. Sólo así puede seguir la vida en la Tierra.

Para esta capacidad de la semilla de entregarse totalmente, de disolver toda la estructura creada, se supone que el arco del

desarrollo de la planta ha pasado por todo, está acabado. En la primera mitad lo construye la planta y se despliega en el clímax floral. Por un lado está en ese punto especialmente abierta al entorno, por otro comienzan los procesos de destrucción y muerte. Estos procesos son la segunda mitad del arco del desarrollo y deben suceder armónicamente, paso a paso, como procesos de maduración.

En el cultivo moderno, que tiende a la tecnología genética, se habla de manipular permanentemente, en lo posible, todas las propiedades de las plantas. El resultado es que la planta, por combinación de los atributos más deseados, es una construcción genética.

En la biodinámica, por el contrario, el objetivo es optimizar a las plantas en su desarrollo y así disponer de nuevas cualidades para que en el momento decisivo del caos, surtan efecto las fuerzas correctas y nuevas del universo en la nueva construcción de la semilla.

Una interacción, en lo posible intensiva pero equilibrada con el medio, es el método de selección del cultivo biodinámico. El cultivo biodinámico ya propicia esta apertura a través de los preparados. Esta interacción puede dirigirse utilizando etapas en el desarrollo de la planta especialmente sensibles, como el tiempo de siembra o de plantación, medidas de protección, y la consideración de los ritmos cósmicos.

Finalmente en el cultivo biodinámico se trabajará en la selección. Los estudios científico-espirituales reconocen el efecto de las fuerzas en los procesos vitales. ¿Habrá más posibilidades en el uso especial de los preparados?

Cuando a través de la observación intensa y el trato con las plantas –observar el aspecto externo, la forma y el discurrir del desarrollo– se llega al punto de que se aprende a conocer qué fuerzas actúan y se manifiestan, entonces se tiene otra base para la selección vegetal. \*

La autora es seleccionadora de semillas biodinámicas en la granja Rengoldshausen, del Bodensee.  
Este artículo apareció en Lebendige Erde 1/99 p6,